

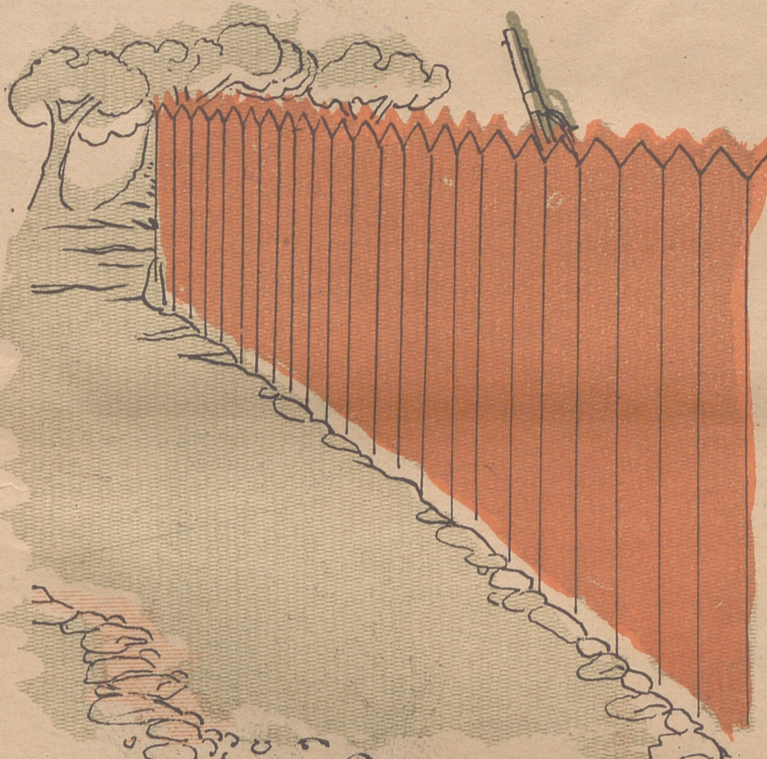
1-0ctub-92

15 Céntimos

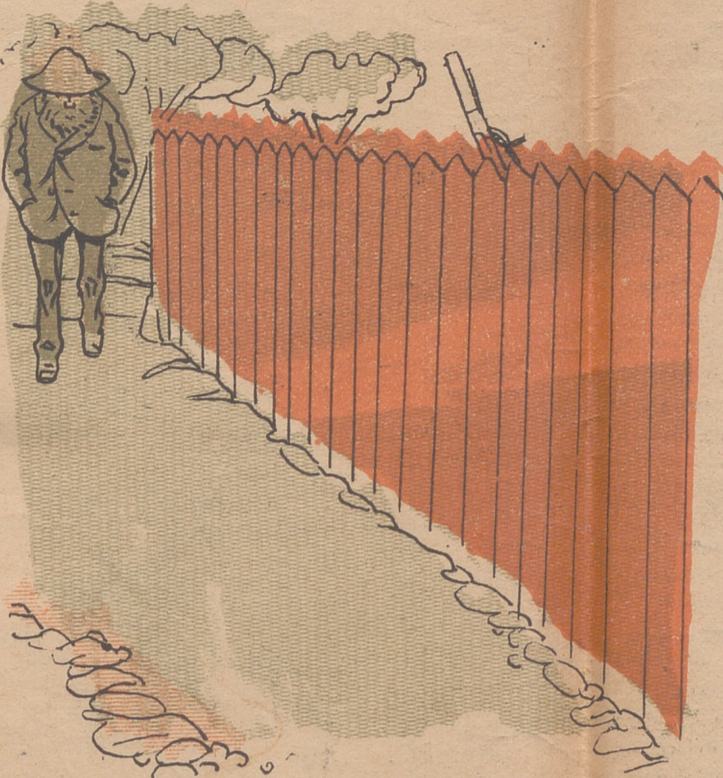
La Caricatura

Año 1- Núm 11

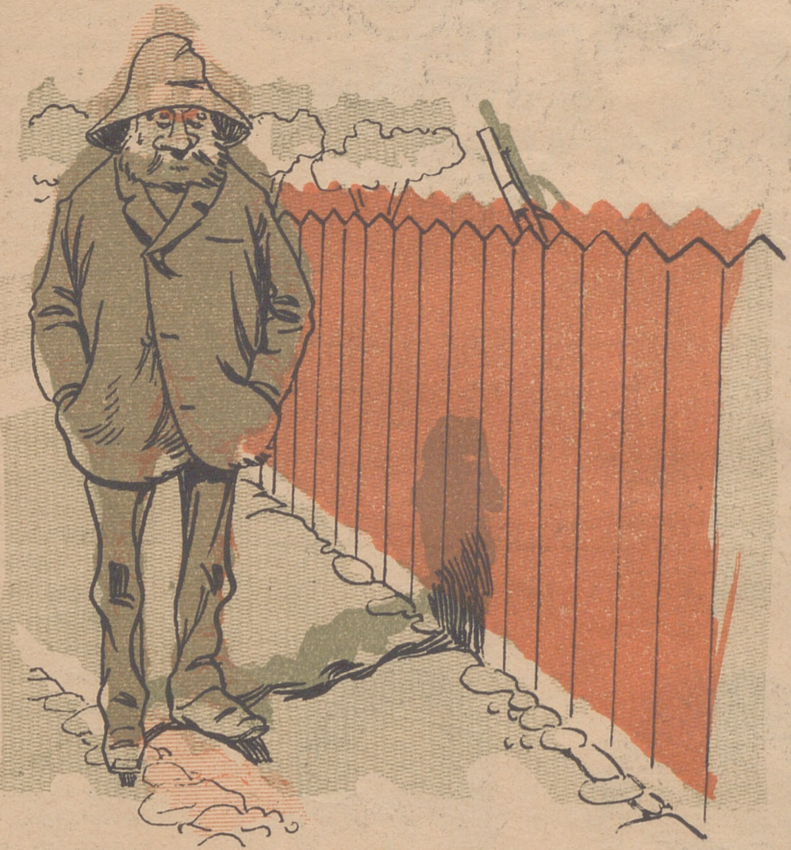
UNA CAPTURA



1—El camino era frecuentado por personas sospechosas.



2—Y gentes de mal vivir.



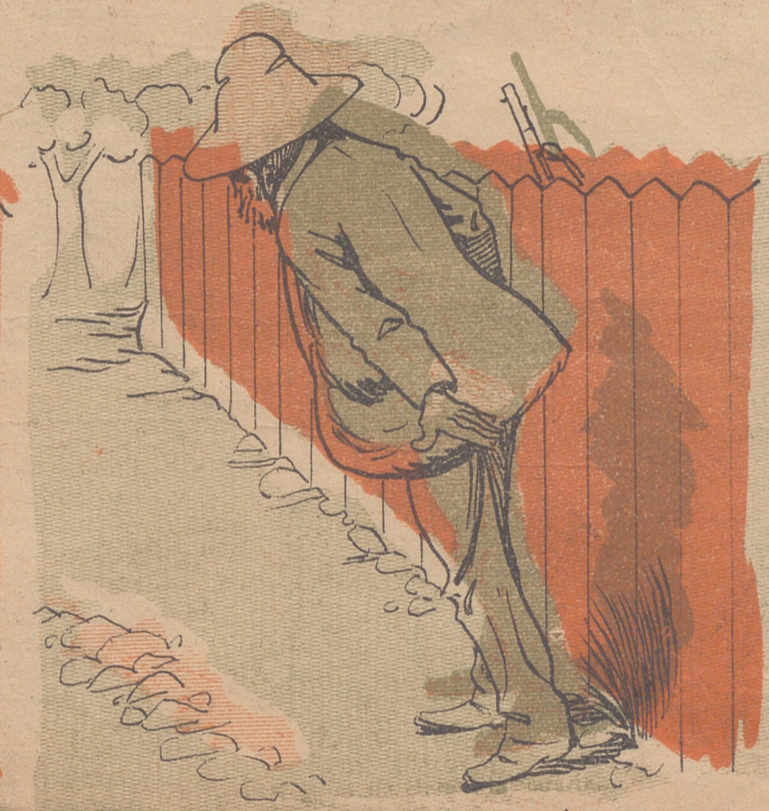
3—Una de éstas, al pasar, ve una escopeta.



4—Caramba, una escopeta. ¡A mí que me hace tanta falta!



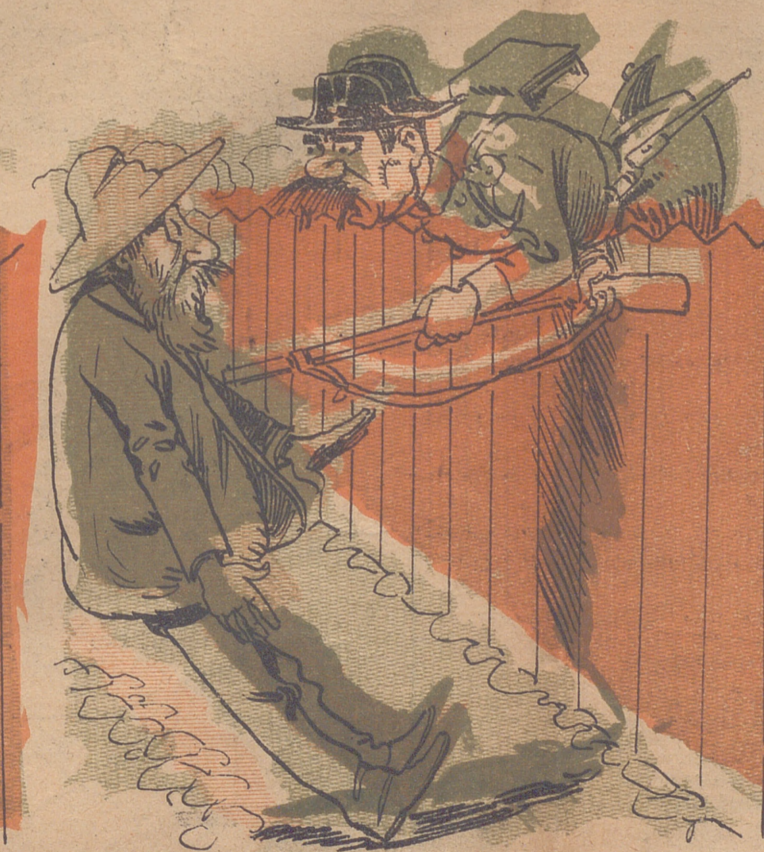
5—Si no viniera nadie...



6—Y si no me vieran, la cogería...



7—¡Vaya si la cojo!



8—¡.....!



9—¡.....!

CONCURSO DE FLEOS

En esta semana hemos recibido cinco retratos de los que sólo dos son publicables. Y como esto parece que se acaba, cerramos hoy este concurso y vamos a proceder a la elección de jurado.

Todos los compradores y suscritores pueden enviar la candidatura que mejor les parezca; y en el número próximo publicaremos el escrutinio, que quiera el cielo resulte tan nutrido como es de esperar en un país donde existe, como quien dice, el sufragio universal.

¡Conque, a votar, a votar!



10-Q. R. R.-Palma. 11-M. G.-Medina del Campo. Fot. G. H.



Semana feliz, semana de dichas, de encuentros venturosos, ó cuando menos, agradables; la vuelta de los que veranean, la apertura de los teatros; como si dijéramos: el reestreno de Fulano, la *repris* de Mengana, las felicitaciones por haber escapado del choque de trenes de Bilbao, y del de Barcelona y del de Tardienta...

—¡Aquella playa de Biarritz! ¡Si usted viera!
—¿A quién se lo cuenta usted?
—¡Y es verdad, que paseábamos juntos!
Esta falta de memoria es muy común entre los que veranean. Creen que han pasado el verano entre los hijos del Celeste Imperio.
Nuevas felicitaciones por haber escapado del cólera.
—Este Villaverde - dice una señora - vale un mundo. En cuanto supé que había entrado en Gobernación, dije: «ya estamos libres de que se nos meta en cara.»
—¿Quién?
—El cólera. No puede usted figurarse como tiene la frontera.
—¿Quién?
—Villaverde. No puede esconderse ni aun entre las faldas.
—¿Quién?
—El cólera. ¡No le he dicho á usted que, á pesar de ser pariente mío?...
—¿Quién?
—Parece que está usted abriendo la puerta.

—¿Que me dice usted de Luna?
—¿Y qué he de decir á usted?

usted y yo sabemos de esto todo cuanto hay que saber. (Al decir esto suspiran ambas damas á la vez).
—Clerto: mi esposo es un pillo.
—¿Sigue con aquel beñón?
—No hay que hablar de eso; (suspira) ¡que si sigue!... siga usted.
—Pues el mío, Joaquinita, Ya viaja con un harem; tres veces, durante el viaje, se bajó yo no sé á qué, y milagro que pudiera alcanzar el tren después pero lo alcanzó montado en otro departament...
—Comprendido. Pero Luna...
—Eso es atroz. ¡Qué tupé!
—Mire usted que haber firmado...
—Firmar y luego volver.
—Sí, se conoce que Paz se pega como la pez.
—Vamos, tenga usted piedad...
—¡Yo, Piedad! ¡qué he de tener! ya la tiene mi marido.
—¿Se llama Piedad?
—¡Piiié!
... es francesa.
—Una emigrada;...
¿égilimista tal vez?... (y las dos damas se ríen y se abanicán con sé.)
—Conque Luna...

—Es cosa antigua; pero la debe querer.
—Ya ve usted; cuando perdona...
—Perdona y mata: eso es. Antes que la indiferencia, prefiero que Bernabé me pegue un tiro al cogermelo con un amante;...
—¡Isabell!
¿qué está usted diciendo, hija?
—Disparates: ya lo sé: es que me tiene irritada la frialdad del infiel.
—Y lo de Luna era público.
—Tan público: ya ve usted: «todo París lo sabía: todo París... ¡y él también!

Se nos olvidaba decir que los diálogos anteriores los hemos oído en el teatro «Lara», primero entretelos de invierno, donde se reúne la gente encopetada al volver de San Sebastián, ó al volver la esquina; según la residencia veraniega de cada cual.
Y á fé que el punto de reunión no puede ser mejor.

Balbina Valverde está en todo el esplendor de sus envidiables facultades artísticas. Como el monarca francés dijo *el Estado soy yo*, Balbina puede decir que encarna y representa las gloriosas tradiciones del teatro de Lara.

Rossell tiene gracia sobrada para hacernos reír siempre la misma obra, *Rossell*; exornada con todos los tropezones, traspiés ó improvisaciones del repertorio. La obra del autor es para él una ocasión de lucir la suya.

Y como muchas veces vale más...
Dos novedades: Mendiguchía, que es estudioso, modesto y tiene gracia natural, y el aplaudido autor cómico y querido colaborador nuestro señor Flores García, director artístico del teatro en la presente temporada, y de cuya pericia esperan mucho los autores.

¡Ah! y Natividad Blanco, cuya belleza dá ocasión á la rareza de que los hombres no pongan los ojos en su cara; sino en su apellido.
Y nada digamos de Rosario Pino de Oro. (Si no es oro el segundo apellido, debería serlo.)

Cánovas premió en otro tiempo á un autor dramático: Bosch ha premiado ahora á los dibujantes y litógrafos de Zaragoza; de modo, que este Gobierno podrá ser malo, pero á descentralizador no hay quien le gane; ni siquiera el hombre honrado.

Que todavía es Pi.
En fin, los carteles, sin ser rematadamente malos, son quizás la única cosa que no conservará el partido conservador.

De lo que si conservaremos eterno recuerdo es de las 48.000 pesetas.

LA CARICATURA los hubiera hecho por la cuarta parte.

Es decir (hablando en la lengua de los concejales), que hubieran quedado tres cuartas partes á beneficio de...

Vaya usted á saber: eso á mi no me importa.

Los trenes baratos traerán mucha gente, que saca mugrientos los abanarreses.

Y en la ya famosa Caja de Ultramar, les dirán: «Señores, no hay para pagar.»

—¡Malicia la Caja, maldito Romero,

que tanta esperanza convierte en un sueño!
A aplaudir, España, vamos sin tardar, y así aplaudiremos todos á rabiar.

F. SERRANO DE LA PEDROSA.

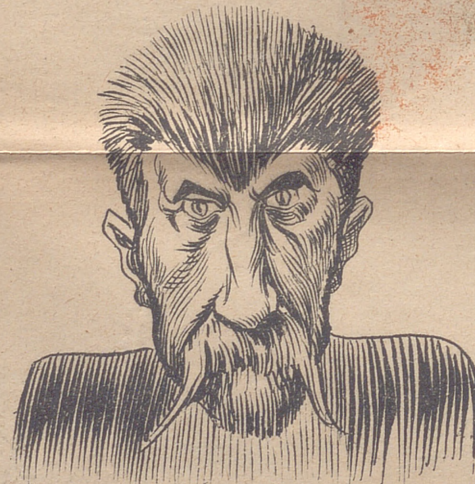
¿Qué sienten?



Amor, amor eterno.



Una angustia, una...



Nada bueno



¡Una alegría!...



«No sé que siento aquí...»



Frio.



Calor.



Una molestia en el estómago.



¡Hambre!

A. PONS

ELOGIOS de ULTRATUMBA

La muerte lo borra todo. Puede usted ser todo lo pícaro que quiera; que después de muerto vendrán las alabanzas y ¡guay! del que ose injuriar la memoria del finado, pues hay personas siempre dispuestas a decir: — ¡Paz á los muertos! Toda culpa desaparece ante el mármol frío del sepulcro.

Si, señor; paz, mucha paz; pero convengamos en que hay difuntos que han sido unos granujas de marca mayor.

A cada paso leemos necrologías entusiastas referentes á un Don Fulano de tal que falleció siendo alcalde, ó diputado á cortes ó músico mayor, y entonces acude á nuestra mente el recuerdo de las fechorías del difunto, que no ha hecho en toda su vida más que una cosa buena; morir.

Hemos establecido la costumbre de llorar sobre la tumba de todas las autoridades constituidas, y en cuanto fallece un personaje, ya hay diez ó doce necrologos que le dedican artículos tristes, para decir que hemos sufrido una pérdida irreparable y que la nación está de luto.

No falta entonces quien le llame á usted aparte para decirle:

— ¡Vé usted, vé usted lo que escriben en este periódico, respecto de las virtudes de D. Fulano? Pues todo es mentira. Yo lo sé mejor que nadie, porque fui vecino suyo y me consta que tuvo un chico con sus lavandera y se lo vendió á unos títeres por veinticuatro reales. Además, era hombre que cojía unas borracheras horribles; y más de una vez le hemos visto tirado en el balcón, dándole besos á una bota.

Por no ofender la memoria del difunto, hay viuda que se limita á suspirar, siempre que se ensalzan en su presencia las cualidades que enaltecían á aquel.

— ¡Qué amigo hemos perdido! — exclama una de las personas del duelo.

— ¡Qué excelente padre de familia! — dice otro.

— ¡Qué marido ejemplar! — añade un tercero.

La viuda enmudece y se palpa un bulto del tamaño de un melocotón que tiene en la rabadilla, procedente de una patada que le atizó su dulce esposo media hora antes de morir.

Mentira ó verdad, toda mujer, al sentirse viuda, comienza á hacer elogios de su consorte, asegurando que era un bendito. Pocas habrá que digan, obedeciendo á las sugestiones de la justicia: — ¡Ay, qué hombre tan bruto acabo de perder. Los disgustos que me daba no son para dichos. Tomab la puerta á las diez de la mañana y no volviamos á verle el pelo hasta las doce la noche. El comia en la fonda, y á nosotros nos mantenía con aceitgas y bacalao. Un día le pedí cuentas de su conducta, y me ató á la pata de una mesa como quien ata á un loro.

Llega á tal extremo el afán de enaltecer á los difuntos, que aun sus mismos defectos merecen los honores del elogio.

Yo he oído decir á una viuda, entre sollozos y quejidos lastimeros:

— ¡Pobre Canuto, de mi corazón! No había en el mundo un hombre más amante de su familia, ni que mirase más por su casa. Aun no hace quince días, se trajo un gaban nuevecito que estaba colgado en una percha del círculo de la Unión Mercantil. En cuanto veía cualquier prenda de valor, ya se la estaba trayendo á su casita. No entraba en una tienda sin que cogiese algo, aprovechando un descuido del dependiente. ¿Quién surtirá ahora mi casa?

En otra ocasión me decía cierto sujeto ponderando las buenas cualidades de un difunto:

— Algunas personas no debían morir nunca. ¡Vaya un hombre el que hemos perdido! Qué juicioso, qué buen cristiano y qué enemigo de proteger á nadie. Conocía perfectamente el mundo y sabía que todo él está lleno de ingratos. Iba usted á pedirle un favor y le daba con la puerta en las narices; antes de soltar un duro, era capaz de dejarse hacer pedacitos; de manera que el pobre consiguió reunir un buen capital y prestaba al sesenta y cinco por ciento á las clases necesitadas. O no hay justicia, ó ese hombre ha ido derecho á la gloria.

Yo no sé por qué no ha de decirse la verdad, y caiga el que caiga.

Lo natural sería que se escribiera siempre con arreglo á la historia y no se desfiguraran los hechos.

Y entonces leeríamos noticias del tenor siguiente:

«Ayer falleció D. Fulano de Tal, alcalde de este pueblo, que era un solenne bribón y no había quien le sacara una peseta. Su familia comía mal y estaba deseando que se lo llevaran los demonios. En toda su vida no ha hecho más que engañar á la gente; con la capa de la religión y de las buenas costumbres, era capaz de comerse un hijo de familia con guisantes.

Le suponemos á esta s horas en poder de Satanás, metido en la caldera del aceite hirviendo, y enviamos á la viuda la más cordial enhorabuena.»

¿Cuándo se ha de escribir en esta forma? ¿Cuándo cesarán los elogios de ultratumba?

LUIS TABOADA.

El loco

Le conocí en el campo, en el estío; le llamaban el loco ¡Pobre hombre! Todos los días, al rayar la aurora, iba á internarse en el vecino bosque, y allí permanecía solitario hasta las altas horas de la noche.

Una extraña locura padecía: no probaba bocado, porque el pobre se creía inmortal, imaginando ser de la ilustre raza de los dioses, desterrado en la tierra, porque Apolo le sorprendió tratando con Caliope de huir del Helicón, en el Pegaso, del alba á los primeros resplandores. Internense en el bosque una mañana y le encontró sentado al plé de un roble, con la mirada fija en una fuente que del suelo brotaba á borbotones. Iba yo á recostarme en una roca; y al verme, el infeliz me dijo á voces: — Deja á la pobre madre, desdichado, que en paz la muerte de sus hijas llora. — ¡Qué madre? — dije yo — ¡Cómo, profano! ¿quién es aquella roca no cenoces?

— No por cierto — Es verdad que los mortales no lo podéis saber. La roca es Niove, á quien Apolo y Diana vengativos convirtieron de madre en piedra inmóvil. En esto, un ruiseñor, entre el ramaje, entonó una canción, y él dijo entonces: — Esperate que canta Filomela; sin duda llama á su querida Progne que es una golondrina que su niño hizo de barro en la vecina torre.

— ¡No escuchas como pía? La cuidada al amor de su hermana corresponde: eran dos chicas de familia lustre y hoy se fastidian como yo las pobres.

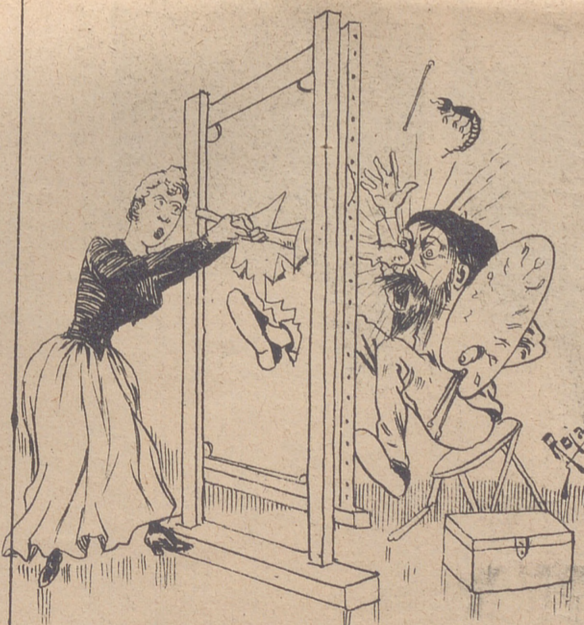
— ¡Qué haces aquí? — le pregunté y alegre me dijo: — Ser feliz, aquí me acojen las niñas que presiden estas selvas brindándome con cándidos amores.

— Y no quieres comer... — Así lo creen los miseros mortales; — me respondió. Yo como cual ninguno de la tierra.

Apenas viene la callada noche, descienden del Olimpo en una nube las hermosísimas Erato y Leucoteo trayendo sobre platos de esmeralda, la aubrosía que sobra de los dioses. Ganimedes me escancia el rico nectar en repujada copa de oro y bronce y Hebe me sirve leche de Amaltea en ánfora de petalos de flores.

Yo le dejé por loco ranatado y he sabido después que el pobre hombre en el bosque por fin murió de hambre, como todo el que vive de ilusiones.

JOSÉ ESTREMERERA.



Comedias cortas

Personajes: ROQUE con albarcos, sombrero de oro de pandereta, calzón corto, capa parda pero grande y alforjas repletas. — MELITONA. — CHATA, rechoncha, moño de aldabón, sus vestidos, uno sobre otro pero cortos, media azul, zapatos de cuero pero estrechos. — BLASILLO. De seis años (agarrado á la falda de Melitona) chaquetilla corta, sombrero de forma de media sandía, cara de melocotón pero sucia, narices más sucias aun, ojos asustados.

Lugar de la acción: Cualquiera calle de Madrid.

Roque. — ¡Y dices que no te acuerdas de la calle? Melitona. — ¡Macuerdo de que es de un santo, así como Santa Verónica, ó Santa Malaena ó Santo Cristo. ¡cosa de iglesia!

Roque. — ¡Pero á tí que te dijo el 'to Cosme? Mel. — Me dijo: la calle no tiene pierde; porque Madrid es mu grande; pero en cuanti que estas en la Puerta del Sol, ya sabes dir á toas partes.

Blasillo. — ¡Maíre ¿qué es eso? Mel. — ¡No lo ves? ¡Ua cevill!

Roque. — ¡Lo mejor será preguntar. — ¡Eh! ¡buen hombre! Usted que es de Madrid ¿hacia onde cae la Puerta del Sol?

Un forastero. — No señor, yo no soy de Madrid Soy un forastero que ha venio pa las fiestas del centenario.

Roque. — ¡Anda! Lo mesmo que nosotros. ¡Por vida de la Puerta del Sol!

Blasillo. — ¡Madre! ¿qué es eso? Mel. — ¡No lo ves? ¡Es un cura!

Blasillo. — ¡Anda! ¡Un cura!

Un sujeto. — ¡Buen hombre! ¿Busca usted posáa? ¿Quiere usted una casa de huéspedes?

Roque. — No señor.

Sujeto. — Porque yo tengo la probabilidad de una güena y sin chinches!

Roque. — ¡Gracias! ¡gracias! ¡Si hiciera usted el favor de echarnos pa la Puerta del Sol?

Sujeto. — ¡Está lejós! ¡Pero eche usted por ahí pa alante!

Mel. — ¡Ya te decía yo que Madrí es mu grande! Roque. — ¡Anda, que el quetié lengua á Roma va y está más lejós!

Roque. — ¡Usted dispense señor Melitón! ¿Es usted de Madrid?

Guardia. — No zoy melitar; zoy autoridad de orden público y pa el cazo ez igual y aunque no zoy de Madrid, en buena hora lo diga, como si lo fuera.

Roque. — ¡Me dá usted razón de ande cae la Puerta del Sol?

Guardia. — La Puerta der Zó... la Puerta der Zó Un poquilo lenjo está; pero... miuzte... Echa uzto po eza caye, tío zeguio, mu zeguio.

Roque. — ¡Si señor, sí!

Guardia. — ¡Aluego que anda uzte un ratiyo, se tuerse uzte á mano derecha.

Roque. — ¡Oye bien melitar, á la derecha.

Guardia. — ¡Vera uzte una cayejuela eztrecha con cazaz á un lao y cazaz á otro

Roque. — ¡Fijate, Melitona, hay casas á los dos laos.

Mel. — ¡Como todas las calles!

Guardia. — ¡Al acabarse la cayejuela, tropezará ozte con una plaza.

Roque. — ¡Con árboles?

Guardia. — ¡Naá de arbolez, ni una mala mata.

Roque. — ¡Como nos habian dicho que en Madrid toas las plazas tenían árboles.

Guardia. — ¡Laz hay de que zí, y laz hay de que no!

Roque. — Bueno, bueno, siga usted, una callejuela... una plaza...

Guardia. — En eza plaza verá ozte varias bocacalles.

Roque. — ¡Si señor.

Guardia. — No toma ozte la de la derecha ni la de la izquierda

Roque. — Bueno, no las tomaré.

Guardia. — Pero toma ozte la dez frente, no tiene pérdida. En la esquina de la derecha hay un barbero, en la de la izquierda una taberna.

Roque. — Melitona, ver si te acuerdas.

Mel. — Si, sí, un barbero... una taberna...

Guardia. — Eza caye no la deja ozte, ziempre por eya, hazta lo último. A lo último ze acaba; y en tonse entra ozte en una plazoleta.

Roque. — ¡Sin árboles!

Guardia. — ¡No zeño, con árboles!

Roque. — ¡Ah! ¡vamos con árboles! Bueno.

Guardia. — En mitá la plaza hay un hombre jecho de fierro, montao en un potro der mizmo metá Ez un rey antiguo.

Roque. — ¡Dios le guarde!

Guardia. — ¡Puez al yegar á eza plaza pregunta ozte por la Puerta der Zó, y ayí le darán á ozte guía.

Roque. — ¡Enioavia? ¡Anda... anda! Pues digo que hay más del Madrid á la Puerta del Sol, que de nuestro pueblo á Peñacalara; y eso que hay dos leguas.

Blasillo. — ¡Quién es ese que nos ha dao las señas?

Melitona. — ¡Pero bruto! no lo has visto? ¡un cevill!

Roque. — Melitona, ¡Ya hace una hora que estamos andando y á mi se me ha abierto el apetito.

Mel. — ¡Y á mí también! Y si esperamos á encontrar la Puerta del Sol...

Roque. — ¡Te parece que almorcemos?

Mel. — ¡Ya lo creo!

Roque. — Pues aquí nos sentamos á un ladito... Ea, mano á las alforjas...

Mel. — No podremos decir que pa este viaje no necesitamos alforjas.

Roque. — Las alforjas para toos los viajeros hacen falta. La espa es la que me pesa... Yo voy asao. (Se sientan en el umbral de una puerta y almuerzan).

Blasillo. — ¡Madre! ¿Qué es eso?

Mel. — ¡Eso? ¡Otro cevill!

Blasillo. — ¡Y eso?

Mel. — Eso es un cura.

Blasillo. — ¡Y eso?

Mel. — ¡No lo ves? ¡Un hombre!

Roque. — ¡Pues señor ahora que hemos hecho por la vida, vamos á seguir andando.

Mel. — ¡Anda! ¡chico!

Roque. — ¡Por donde echamos ahora?..

Mel. — ¡Ahora? ¡Pues... no sé!

Roque. — ¡Eh! Buen amigo: ¡vamos bien para ir á la Puerta del Sol!

Transeunte. — ¡Ya lo creo! ¿Cree usted que es algún baile de etiqueta? Allí nadie se fija en la ropa, ¡váy usted bien!

Roque. — ¡Si no digo eso, sí...

Mel. — ¡Anda! ¡anda! ¡que paso lleva!

Roque. — ¡Buen hombre! ¿Quiere usted decirme hacia onde cae la Puerta del Sol?

Transeunte. — ¡Uy! ¡Ya hace tiempo que cayó! Cuando yo vine á Madrid, ya no había de ella ni los clavos!

Roque. — Diga usted señor. ¿La Puerta del Sol?..

Transeunte. — ¡Buena! ¡Gracias! (Y así sucesivamente).

MANUEL MATÓSÉS.

LOS HOMBRÉS DE LA

DON ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO

LA CARICATURA se ve obligada en esta ocasión á cesurar los desafueros de la caricatura.

Por las caricaturas que publican los periódicos políticos, conocen los españoles á los políticos notables.

Y á fuerza de ver á Romero pintado con dientes largos, nos figuramos que tiene envidia de Silveira; como la costumbre de ver pintado á Beranger, nos lleva á creer que no sirve para nada; cuando en realidad es de los que parece que estan quietos y estan derribando la pared.

En cambio los caricaturistas respetan por regla general al Antinón de Galicia y de Fomento, de cuyo busto se puede decir lo que dijo la zorra de otro busto parecido.

Ello es que el Sr. Cánovas sale perdiendo siempre que lo toman el perfil los caricaturistas. Nos han acostumbrado á ver en él un Nerón de pocas atribuciones.

Ordenes por un lado, malas razones, por otro y sombrerazos á derecha é izquierda: tal es el político que han forjado entre dibujantes y gacetiileros; y en el cual es imposible reconocer al Virgilio de la fuerza, ni menos aun al Peirarca de tiempos anteriores, los tiempos de Elisa.

Conste que esto de Virgilio y de Petrarca no pasa de la intencion. El señor Cánovas siente la poesia; pero cuando intenta cuajar esos sentimientos en verso, los sentimos lo demás, porque no cuaja.

Así y todo, está muy lejós de ser el tipo gruñón y áspero que nos pinta.

Es que sabe con quien trata: es que sabe que los políticos son gente cilla muy menuda y de mala ralea y solo así respetan y obedecen.

Ha estudiado lo bastante para despreciarlos, y hay que hacerle la justicia de reconocer que sufre de un modo horrible, oyendo un discurso de León y Castillo. O para ser más exactos, teniendo que contestarle. ¡Vaya usted á explicarle á León y Castillo ciertas cosas! Sería preferible explicárselas primero á un león y después á un castillo, y es posible que así se obtuviera mejor resultado.

Como orador que improvisa la doctrina que mejor le cuadra por el momento, no es fácil que deje tras de sí una obra sólida y verdaderamente científica.

Como académico, está llamado á sustituir el conde de Cheste.

Como presidente del consejo no es ninguna cosa del otro jueves (es anticuado y un tanto rutinario), pero si se tiene en cuenta lo que da de sí el juez que atravessamos, se le encuentra bien.

Y por último; como hombre, tiene dos flacos ó dos debilidades. Haber tenido como administrador á Elduayen. Y haber hecho las paces con Romero, garbanzo negro de cualquier olla en que caiga.

F. S. P.

Ya, ya se ha puesto á la venta el libro de nuestro compañero ANGEL PONS.

NOTAS ALGAS

Todo español ó extranjero que disponga de 350 pesetas, debe inmediatamente comprar el libro en cualquier librería ó en casa del editor, Manuel F. Lasanta, Rames, 6, Madrid.

La Caricatura

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA
SE PUBLICA LOS SABADOS

ADMINISTRACIÓN, CHURRUCA, 4, BAJO
MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias: Semestre 4 pesetas. — Año, 7 pesetas.

Ultramar y extranjero: Año, 10 francos.

En provincias no se admiten suscripciones por menos de un semestre, y en Ultramar y extranjero por menos de un año.

El pago es adelantado.

VENTA

Número suelto 15 céntimos. — Id. atrasado. 30 céntimos. Corresponsales y vendedores 10 céntimos número.

Toda la correspondencia á nombre del Administrador, D. RAMON MILLET.

Anuncios á precios convencionales.

LA CARICATURA.



Lit-MENDEZ-Isabel la Católica, 25. Madrid.

LOS HOMBRES DEL DIA.--ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO.--PRESIDENTE DE LAS FIESTAS DEL CENTENARIO